

- WIL. No está ya en mi poder, señor conde.
 SID. ¿Qué dices?
 WIL. Precisamente os suponía yo informado de esto. Una hora hace que una compañía de arcabuceros ha invadido vuestra casa. Os han buscado por todas partes. Han cogido todos vuestros papeles, todos; ahora paran en manos del lord canciller. Ni uno solo he podido salvar. Sólo venía aquí á saber vuestro paradero.
 SID. ¡Todo se concluyó! En vano he pugnado por eludir mi destino.
 WIL. Pero, señor conde...
 SID. Déjame, sal; marcha te digo.

ESCENA VII

SIDNEY, LA DUQUESA. (El reloj marca las siete.)

- DUQ. Conde, ¿qué carta es esa de que habláis?
 SID. (*Desesperado.*) ¿Esa carta? La escribí esta mañana antes de ir á ese desafío; era para vos.
 DUQ. ¿Para mí? ¿Y qué decía? ¡Dios mío!
 SID. Hablaba de mi amor, del vuestro; contenía confesiones que pueden perderos.
 DUQ. ¿Qué decís?
 SID. Todo está en poder del canciller, y dentro de poco estará en poder de tu marido.
 DUQ. ¡Ah! me matará, sí: yo tiemblo, tiemblo...
 SID. Silencio, ó eres perdida. Escucha, sólo un partido te queda: huir.
 DUQ. Sí. ¿Cómo?
 SID. Juntos.
 DUQ. Jamás, milord.
 SID. Prepárate, pues, á morir aquí; pero conmigo.
 DUQ. ¡Ah! me estremecéis.
 SID. ¿Imaginas que yo consentiré en salvar mi vida mientras que esté la tuya en peligro? ¿Prefieres la muerte?... Bien, con un solo golpe nos herirá á los tres.
 DUQ. ¡Ah, Sidney, me habéis perdido!
 SID. ¡Isabel! no gritos, no quejas hemos menester ahora. Oyeme. Yo voy á salir de aquí. Te esperaré en la puerta inmediata de la ciudad; una hora te basta para alcanzarme; no te faltará un pretexto. No es ya mi amor quien te habla, ni exijo por él tu fuga. No; tu tío el marqués de Hamilton es gobernador de Portsmouth; te dejaré en sus brazos; él te protegerá, y yo, yo respetaré tu dolor, yo te daré el último adiós.

- DUQ. Sí, yo imploraré su amparo, pero sola.
 SID. ¿Te atreverás? ¿Será tiempo ya? No; yo soy quien debe llevarte.
 DUQ. ¿Vos, Sidney? ¡Ah! ¿no soy yo ya bastante culpable?

(Se oyen los pasos de Besford.)

- SID. Una palabra más y somos perdidos.

ESCENA VIII

LA DUQUESA, SIDNEY, BESFORD, y después UN CRIADO

- BESF. Venid, amigo mío; todo está pronto. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Este gabinete conduce por una escalera secreta al jardín de la casa, que está inmediato á la puerta de la ciudad. Un caballo os espera: dentro de algunos minutos estáis fuera de Londres.
 SID. Permitidme que os tribute un millón de gracias, milord.
 BESF. El canciller espera sin duda sorprenderos en Windsor, ó en vuestra casa: mientras que sus esbirros os buscan por acá, estáis ya fuera de peligro.
 UN CRIADO. (*Desde el foro.*) La reina envía á llamar á mi señora la duquesa.
 BESF. Está bien. (*El criado sale.*) Estará acaso con cuidado por cuanto pasa: teme que os prendan. Partid, los momentos son preciosos.
 (Va á abrir la puerta del gabinete.)
 SID. (*Al oído á la duquesa.*) Tomad ese pretexto. Alcanzadme en la puerta. Sino, vengo á buscaros dentro de una hora.
 BESF. Vamos, amigo mío.
 SID. (*Saludando á la duquesa.*) Adiós, miladi. (*Bajo.*) Dentro de una hora, ó vuelvo aquí á entregarme.
 BESF. Venid. (*Sale acompañando á Sidney.*)

ESCENA IX

LA DUQUESA

Por fin ya estoy sola. Puedo llorar libremente. ¡Tan feliz ayer! ¡Y hoy envilecida! ¿Cómo me atreveré á levantar los ojos delante de un hombre á quien se lo debo todo, á quien he engañado, y que dentro de poco me pedirá cuentas acaso de su honor que me había confiado? Paréceme á cada punto que oigo salir de sus labios esta terrible palabra: «¡Infame! ¡Infame!» Este nombre me persigue: aquí está... resonan-

do siempre en mis oídos; yo le oigo de continuo. ¡Oh, cuán terrible será pronunciado por él mismo! La venganza irá en pos de él. Y entonces será menester sangre... Dios mío, á vos encomiendo mi alma cuando lo sepa todo. Yo tiemblo; ya á cada instante puede descubrirse la verdad. ¡Ah, qué horroroso suplicio!

ESCENA X

LA DUQUESA, BESFORD

BESF. Partió. Yo le he visto alejarse. Dentro de pocas horas estará lejos de nosotros, y en el camino que lleva no le será difícil encontrar un asilo entre sus numerosos amigos. (*Se sienta en el sillón que hay en el fondo á la derecha.*) Cuando el canciller sepa su fuga se dará á todos los diablos. ¡Oh! á lo menos por esta vez os hemos ahorrado, señor canciller, el trabajo de erigir otro cadalso: vuestra presa se os escapa. (*Mirando el reloj.*) Al paso que llevaba ya debe haber salido de Londres; ya debe estar en campo raso. ¡Por San Jorge, que le vayan enviando esbirros! Lleva un buen caballo. (*Levantándose.*) Ya estoy contento. Aunque hubiera sido mi mayor enemigo, hubiera hecho otro tanto; delante de la desgracia expira la venganza... ¿Qué tenéis? ¡Qué pálida estáis!

DUQ. ¿Yo, milord? El cansancio del baile; las sensaciones contrarias de este día...

BESF. Sí, verdad es; perdonadme. Pero parece que vuestra indisposición se aumenta; temo que no tengáis fuerzas para ir á palacio.

DUQ. A palacio; sí... la reina me ha llamado.

BESF. Estoy seguro de que está deseando veros y preguntaros. Su causa era la de Sidney, y la inquietud que experimenta es muy natural. Desearía muy de veras que vuestra presencia la tranquilizase.

DUQ. (No puedo sufrir más.) (*Alto.*) Permittedme, milord, que en este momento...

ESCENA XI

LA DUQUESA; UN CRIADO, en el fondo; BESFORD

CRIADO. El capitán de las guardias de su excelencia:

DUQ. (¡Ah! ¡Es mi muerte!)

BESF. Ya era tiempo. Sosegaos; ya no hay riesgo. Que entre. (*El criado sale.*)

DUQ. (¡Soy perdida, perdida!)

(Toca la campanilla; un criado se presenta por la izquierda.)

BESF. ¿Qué es?

DUQ. (*Turbada.*) ¿No me habéis dicho que la reina me esperaba, y que debía ir á palacio? Pues bien, milord, voy á ir, voy.

BESF. (*Mirándola.*) Cierto; os lo he suplicado...

DUQ. Por eso, ya veis... que... me apresuro... (*Al criado.*) ¿Está pronto mi carruaje?

CRIADO. Está á las órdenes de la señora duquesa.

DUQ. Ya bajo.

BESF. (*Clavando los ojos en ella.*) Parecía que estabais tan poco dispuesta á salir...

DUQ. (*Con timidez.*) Me quedaré si me lo mandáis.

BESF. (*Después de una pausa.*) No, no; partid. (*Sale por un lado. Besford la sigue con la vista largo rato.*)

ESCENA XII

BESFORD, DRYDEN

DRY. Su excelencia me envía, milord duque, para tranquilizaros acerca de los sucesos de ayer. El rey había firmado vuestro perdón, y acaba de confirmarlo.

BESF. Esta es una visita que debe sorprenderme; el lord canciller no me ha acostumbrado á todas estas atenciones.

DRY. Tengo el encargo de prometeros por su parte un completo olvido de lo pasado; y se atreve á contar al mismo tiempo con la generosidad del señor duque.

BESF. ¡Pardiez, sir Dryden, el canciller no emplearía más galanterías para ganarse el ánimo de una mujer bonita!

DRY. Esas galanterías pueden probaros, milord, en cuánto precia su excelencia vuestra amistad. Bien sabe que erais enteramente adicto al conde de Warwick; pero os conoce demasiado para sospechar siquiera que hayáis podido tener parte en sus pérfidos proyectos.

BESF. ¡Oh! A mis ojos no es tan criminal. Pero hablemos sin rebozo, sir Dryden; el canciller me halaga, me brinda con una reconciliación: no ha podido dar sin duda con el asilo del conde, y cree que yo se le descubriré. Pues bien, sir Dryden, decidle de mi parte que ignoro cuál sea su asilo, y si cree que está aquí, añadidle que os he dado facultades para que le busquéis por todas partes.

DRY. Vuestra palabra basta, milord. No me

falta más que entregaros este paquete que se ha encontrado en casa del conde. Su excelencia dice que no interesándole al estado esos papeles, deben seros devueltos á vos ó á la duquesa.

BESF. ¿Con qué objeto? ¿Y por qué razón? En casa del conde no podía existir ningún papel que tenga relación alguna con nosotros.

DRY. Sólo su excelencia ha abierto ese paquete. Yo no hago más que repetir sus palabras. Tomaos la molestia de leer, milord; yo esperaré. *(Sale.)*

BESF. *(Abriendo la carta.)* Yo... en verdad... no comprendo este misterio. *(Lee.)* «Vienes á las cuatro de la madrugada. Por fin, me amáis, y yo lo sé. Salió por fin de vuestros labios ese sí que tanto tiempo he deseado, y que no me atrevía á esperar. ¡Ah! envidie, envidie mi fortuna el que no posee más que vuestra mano: yo poseo más; yo soy amado.» *(Pausa.)* «¿Os volveré á ver? Oh, sí; soy demasiado feliz para morir ahora.» *(Interrumpiéndose.)* ¿Y qué? ¿esta carta... ¿qué interés puede tener para mí? Ignoro completamente... *(Prosiguiendo.)* «He aquí vuestro retrato; no hace mucho que adornaba todavía vuestro brazalete; le habéis desprendido para dármelo.» *(Pausa.)* «¿Habré de separarme tan pronto de él? No: no será preciso devolvérselo; le encontraré aquí á mi vuelta, y podré llenarle de besos, como lo hago en este instante. Hasta mañana, pues, hasta mañana: lo espero.» Y luego... aquí... el retrato... *(Abre la caja.)* ¡El suyo!... ¡Ah! *(Cae abrumado en un sillón.)* ¡Es el suyo! ¡Ella!... ¡era ella!... ¡esta noche!... ¡Oh!... ¡quién me diera matarla! ¡Vamos!... esta carta, este retrato... aquí... *(Lo pone en su bolsillo.)* ¿Quejas?... ¿lágrimas? No; ¡sangre, sangre! *(Se levanta y se pasea con la mayor agitación.)* ¡Y estaba allí ella! ¡me oía! ¡Cielos! ¡esto es increíble! ¡Vergüenza, oprobio sobre mí que les servía de juguete y que no los asesinó! *(Viendo á Dryden, que ha vuelto á entrar por el foro.)* ¿Qué aguardáis?

DRY. Una respuesta, milord.

BESF. ¿Y qué respuesta? No está aquí; ya os lo he dicho: no está. *(Para sí.)* ¡Sólo es á ella á quien tengo entre mis manos! ¡Sólo á ella! *(Después de un momento que recapacita.)* ¡Acaba de salir!... ¡qué sospecha!...

Su prisa, su turbación... ¡Santo Dios!... Con él... era con él... ¡él la esperaba!

(Corre hacia la vidriera que da al patio: la duquesa aparece en el fondo en aquel mismo instante.)

ESCENA XIII

BESFORD, LA DUQUESA, DRYDEN

DUQ. *(A Dryden.)* ¿Se me impide la salida de orden vuestra, caballero?

DRY. Perdonadme, miladi; he debido ceñirme á mis instrucciones; no os hallabais expresamente exceptuada en esta medida general; nadie debía salir. Ahora que he desempeñado mi comisión, me apresuro á dejaros en libertad.

DUQ. Yo sabré quejarme á la reina, sir Dryden. Es imposible que esa prohibición se entendiese con una mujer. El canciller abusa de su autoridad.

(Da un paso para salir, pero Besford la detiene con una seña.)

BESF. *(Sin apartar la vista de la duquesa.)* En efecto, eso es llevar al extremo las precauciones. *(A Dryden.)* Tened la bondad de llevar mi respuesta á su excelencia, y aseguradle que el conde de Warwick no está escondido en mi casa. Si su prisión importa al bien del estado, pueden perseguirle por todos los caminos.

DUQ. *(Bajo.)* ¿Cómo, milord...?

BESF. *(Idem.)* Os olvidáis de que les lleva media hora de ventaja.

DUQ. ¡Media hora!... ¡ya!

BESF. Y, por otra parte, eso es cuenta del canciller.

DRY. *(Saludando.)* Vuestras palabras, milord, serán fielmente repetidas á su excelencia.

ESCENA XIV

LA DUQUESA, BESFORD. *(Están junto á la mesa.)*

BESF. Soy más feliz de lo que pensaba. Os creía ya lejos de aquí, miladi.

DUQ. Sí, la reina me espera.

BESF. La reina esperará. Precisamente podéis darle una excelente disculpa, no me había á mí ocurrido; esta misma herida que he recibido por el conde de Warwick... Su Majestad no podrá extrañar que os hayáis quedado conmigo. Luego... os aseguro que estoy triste... padezco mucho; necesito alguna persona á mi lado, pero que me ame, *(Desprendiendo los adornos de la du-*

quesa y arrojándolos en un sillón.) y vos misma no querríais probablemente dejarme solo en este estado. (*Llama.*) Os conozco; vuestro corazón se rebelaría contra semejante acción. (*Al criado.*) Que desenganchen los caballos; la señora no sale ya. (*El criado sale; Besford se sienta.*) ¡Ah! gran necesidad tenía de veros; ahora estoy más contento; sentaos aquí... sentaos; sino, me obligaréis á estar en pie, y me fatigo mucho. (*La hace sentar.*) Ya miráis el reloj, contempláis con pena el tiempo que habéis de pasar aquí.

DUQ. ¡Ah, milord!

BESF. Estáis conmigo como estaríais con un marido caviloso y celoso que tomase por diversión el oponerse á vuestros placeres. Sin embargo, ¿habéis podido hacerme nunca semejante reconvención? ¿No os he dado siempre la mayor libertad?

DUQ. Milord, ¿por qué me habláis en esos términos?

BESF. (*Apoyándose en la mesa.*) La confianza que en vos he tenido ha sido siempre tan grande, y la he manifestado de una manera tan clara, que en el día sería en vos menos crueldad matarme que engañarme. ¿Qué es en verdad la muerte al lado del desprecio? He aquí, sin embargo, todo lo que podría esperar yo, si fuese engañado... el desprecio; he aquí el premio que han conseguido otros en pago de sus atenciones. ¡Oh, cómo no previene y evita esta idea el adulterio! Hay en eso motivo suficiente para contener á la mujer más impudente. ¡Entregar al ludibrio de los demás á un hombre cuyo apellido lleváis, y que os ha prodigado veneración y amor! ¿Creéis por ventura que después de todo eso basta con decirle *matadme y todo se acabó*? No; su venganza le satisface sólo á él; pero, ¿y ese oprobio con que habéis marcado su nombre? ese oprobio... subsiste siempre allí, siempre, y toda vuestra sangre no bastaría para borrarle.

DUQ. Me asustas, milord.

BESF. ¿Y por qué? yo creo en vuestra virtud y en el respeto que profesáis á vuestros deberes, así como creo en la amistad.

DUQ. ¡Milord! ¡sangre! ¿no lo veis? Corre sangre de vuestra herida.

BESF. ¡Ah! con más abundancia corría esta mañana cuando me batía por él, cuando le sacrificaba mi existencia. ¡Si hubiérais visto

vos con cuánto placer hacía yo ese sacrificio! ¡Oh! eso os hubiera conmovido acaso, porque yo era noble y grande en todo, os lo juro, y creo todos los corazones tan puros como el mío.

DUQ. ¡Infelice!

BESF. ¿Podrá pagarme jamás lo que hice por él? ¿Y me lo podrá pagar ahora, ahora que no está aquí? (*Dan las ocho.*)

DUQ. (*Volviéndose hacia el gabinete con un movimiento de espanto.*) ¡Ah!

BESF. (*Abalanzándose al gabinete.*) ¿Cómo? ¿En ese gabinete? ¡Nadie! os habíais equivocado, no hay nadie. (*Vuelve á sentarse, y desde este punto no se apartan sus ojos de la puerta del gabinete.*) Bien os decía yo: ¿contáis los minutos á mi lado! Verdad es que hay ocasiones en que cada minuto arrebatara consigo una esperanza y nos trae un temor; la misma hora mide para uno la alegría, y para otro el terror y el remordimiento. Vuestro rostro empalidece á medida que el mío se anima. Estoy contento ahora, yo que hace poco estaba tan triste y tan atormentado, porque me habéis reservado una especie de felicidad... y esta felicidad yo la gozaré completamente. Parece un delirio, una alegría celestial, superior á las fuerzas del hombre. ¿Vos no lo comprendéis? (*Asiéndola del brazo y sacudiéndola violentamente.*) ¡Responded, Isabel, responded! No decís una palabra ahora.

DUQ. Yo fallezco, milord, ¿no lo veis? yo fallezco.

BESF. (*Levantándose al mismo tiempo que cae la duquesa á sus pies.*) No nos soltemos las manos; clavemos nuestros ojos sobre la misma puerta, porque entrambos esperamos.

DUQ. ¡Piedad! ¡piedad!

BESF. (*Señalando á la puerta y volviéndose á sentar.*) ¡Por ahí, por ahí debe venir! Nadie llega todavía. ¿No os parece, como á mí, que á cada instante le vamos á ver? ¿No se os figura al menor ruido que vuestro corazón va á hacerse pedazos para salir de vuestro pecho? Si esto hubiese de durar mucho moriríamos aquí los dos. Pero..., acaso no nos falte más que un minuto ya. ¿Quién sabe? Tal vez un segundo... un segundo. (*Se abre la puerta y aparece Sidney.*) ¡Ah! ¡él es!

(Besford se arroja sobre sus pistolas. La duquesa permanece de rodillas casi inmóvil.)

ESCENA XV

LA DUQUESA, BESFORD, SIDNEY, después UN CRIADO

BESF. ¿Qué os trae aquí de nuevo, señor conde?

SID. Nada. El hastío de la vida, el deseo de librarme de ella.

BESF. Sin duda no lo habéis meditado bastante... la muerte os espera aquí, y ya os será imposible evitarla. (*Un criado se precipita á la puerta del foro.*)

CRIADO. ¡Señor duque! la casa está rodeada.

BESF. (*Sentándose.*) Ya lo veis, conde; ya es tiempo que encomendéis vuestra alma á Dios.

SID. Voy á llevarles mi cabeza.

BESF. (*Lanzándose á él.*) ¡No á ellos!

CRIADO. Ya entran, señor; ya están aquí.

BESF. Detenedlos un instante. (*El criado sale. A Sidney, señalándole el gabinete y poniéndole una pistola en la mano.*) Nosotros, por aquí. Tomad, conde.

SID. No, dejadme.

BESF. (*Asiéndole de la garganta.*) Por allí os digo. ¡Oh! ¡no os escaparéis! (*Le arrastra hacia el gabinete. A la duquesa, que se ha arrojado á sus plantas, rechazándola.*) Rezad por su alma, miladi.

DUQ. ¡Ah! ¡milord! (*Se oye cerrar la puerta por dentro.*) ¡Por piedad! ¡por piedad! ¡matadme á mí también! (*Se esfuerza á abrir la puerta con sus uñas.*) Nada; no hay nada con que abrir esta puerta... ¡Oh desespe-

ración!... La abriré, la abriré. (*Se oyen gritos afuera de: ¡Aquí está!*) La llave, la tengo... sí...

ESCENA XVI

LA DUQUESA, DRYDEN; SOLDADOS, CRIADOS, que entran confusamente

SOLDADOS. ¡Aquí está!

DRY. Sacadle. (*Se oyen dos pistoletazos en el gabinete.*) De ahí han salido los tiros. Por más que se defienda, no se nos puede escapar. ¡Conmigo todos!

ESCENA XVII

LA DUQUESA, DRYDEN; BESFORD, saliendo del gabinete; SOLDADOS, CRIADOS

BESF. ¿Qué queréis?

DRY. (*Con energía.*) El conde de Warwick.

BESF. (*Con frialdad.*) Se acaba de matar por librarse de vos.

(Dryden y dos soldados entran en el gabinete; los demás se dirigen hacia aquel lado, así como los criados. Al mismo tiempo que están clavadas en la puerta las miradas de todos, Besford se acerca á la duquesa.)

DUQ. (*Viendo la sangre de que está salpicado Besford y cayendo á sus pies.*) ¡Ah, milord!

BESF. (*Arrojándole la carta y el retrato.*) Para vos los remordimientos y una eterna separación.

(Dryden y los soldados salen del gabinete. Cuadro final. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA



DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

DOS PALABRAS

He aquí una composición dramática á la cual fuera muy difícil ponerle nombre. ¿Es una comedia antigua? Ciertamente que no, pues ha nacido en el siglo XIX. Ciertamente que no, pues mal se atreviera á aspirar á la versificación y sublimidad de Lope, á la gala y caballerosidad de Calderón, al estro cómico de Moreto, al donaire de Tirso, á la pureza de Alarcón. ¿Es una comedia moderna según las reglas del género clásico antiguo? Menos. Ni es comedia de costumbres, ni comedia de carácter. Ni me propuse al imaginarla seguir las huellas de Plauto y Terencio, ni tuve al concebirla la osadía de imitar á Molière ó á Moratín. ¿Es una tragedia como la entienden los rigurosos Aristarcos? Ni tiene la sencillez enérgica de Esquilo, ni la humilde sublimidad de Sófocles. Ni está escrita toda en verso heroico; ni es su estilo siempre altamente entonado; ni pueden reputarse sus escenas todas dignas del levantado coturno; ni son sus personajes los favoritos de Melpómene. ¿Es un drama mixto, de grande espectáculo, perteneciente al género bastardo introducido en la literatura á fines del siglo pasado? No hay en él grandes efectos levantados sobre débiles fundamentos, no hay escenas de imponente y charlatanesca fraseología, no hay tempestades, no hay horrendos crímenes. ¿Es un débil destello siquiera de la colosal y desnuda escuela de Víctor Hugo ó Dumas? ¿Es un drama romántico? No sé qué punto de comparación puedan establecer los críticos entre Antony, Lucrecia Borgia, Enrique III, Triboulet y mi débil composición. ¿Qué es, pues, MACÍAS? ¿Qué se propuso hacer el autor? Macías es un hombre que ama, y nada más. Su nombre, su lamentable vida pertenecen al historiador; sus pasiones al poeta. Pintar á Macías como imaginé que pudo ó debió ser, desarrollar los sentimientos que experimentaría en el frenesí de su loca pasión, y retratar á un hombre, ese fué el objeto de mi drama. Quien busque en él el sello de una escuela, quien le invente un nombre para clasificarlo, se equivocará. ¿Para qué há menester un nombre? ¡Ojalá no se equivoque también quien busque en MACÍAS alguna escena interesante, tal cual sentimiento arrancado al corazón, un amor medianamente expresado y un desempeño feliz!

PERSONAS

DON ENRIQUE DE VILLENA, maestre de Calatrava
MACÍAS, su doncel
ELVIRA
FERNAN PEREZ DE VADILLO, hidalgo, escudero de don Enrique
NUÑO HERNANDEZ, padre de Elvira
BEATRIZ, dueña joven de Elvira

RUI PERO, camarero de don Enrique
FORTUN, escudero de Macías
ALVAR, criado de Fernán Pérez
Un paje de don Enrique
Dos pajes que no hablan
Hombres armados

La época es en uno de los primeros días del mes de enero de 1406. —La escena es en Andújar, en el palacio de don Enrique de Villena.



ACTO PRIMERO

Habitación de Elvira. Puertas laterales y foro. Adorno del tiempo.

ESCENA PRIMERA

FERNAN PEREZ, NUÑO HERNANDEZ

(Al descorsarse el telón aparece Nuño Hernández abriendo la puerta del foro é introduciendo en la escena á Fernán Pérez.)

NUÑO. Venid conmigo, el hidalgo;
En esta cámara entremos,
Donde con secreto hablemos.
¿Me habéis menester en algo?
Tomad, (*Le da una silla.*) que me haréis
(favor.

FERN. Me obliga esta cortesía. (*Siéntase.*)

NUÑO. En esta cámara mía
Podéis hablar sin temor.
Mi hija salió de mañana,
Como de costumbre tiene,
Al templo; así nadie os viene
A turbar. (*Se sienta.*)

FERN. De buena gana.

Hoy, Nuño Hernández, expira
El plazo que me pusisteis,
En el cual me prometisteis
Darme la mano de Elvira.
Un año es ya trascurrido...

NUÑO. Lo sé.

FERN. ¿Y bien?

NUÑO. Seguid.

FERN. Y vengo,

Por el afecto que os tengo,
A acordar lo prometido.
Me dijisteis que á Macías,
Ausente, vuestra hija amaba,
Y aun yo sé que le aguardaba
En Andújar estos días.
Mas que si por buena estrella
En un año no volvía,
Luego mi esposa sería
Mal que le pesase á ella.
Que no ha vuelto es cosa clara;
Que no ha de volver, también;
Y el que á vos os está bien
Tal boda, ¿quién lo dudara?
Vos sois tan sólo un criado,

Que á don Enrique servís;
 Si de cerca le asistís,
 Lo debéis á mi cuidado.
 Soy su privado y su amigo,
 Y esto en tanto grado, Nuño,
 Que nada firma su puño
 Sin consultarlo conmigo.
 Yo además soy caballero,
 Hidalgo de alta nobleza,
 Y acostamiento su alteza
 Me da por ser su escudero.
 Vos y vuestra gente toda
 Villanos sois, con lo que algo
 Se os ha de pegar de hidalgo
 Y de noble en esta boda.
 Si sois más rico de hacienda,
 Justo es que compréis con oro
 Lo que ganáis en decoro,
 Y que yo caro me venda.
 Porque con villana y pobre,
 Por mujer, no he de casarme,
 Que mujer no ha de faltarme
 Mientras el poder me sobre.
 Mire, pues, qué le conviene,
 Y en lenguaje liso y claro
 Hágame cualquier reparo,
 Si alguno que hacerme tiene:
 Que sino, la enhorabuena
 Hoy Andújar os dará,
 Y mi padrino será
 Don Enrique de Villena.
 Decir *no* fuera mancilla;
 Ved que soy privado fiel
 De don Enrique, y es él
 Tío del rey de Castilla.
 Tal vez claro en demasía
 Soy aquí, mas el rebozo
 Me excusa el poder que gozo,
 Que el poder da altanería.

NUÑO. Con atención escuché,
 Hidalgo, vuestras razones;
 Que más bien reconvenções
 Me parecieron á fe.
 ¿Por qué agraviado os decís?
 Yo cumplo lo que prometo,
 Y si no es otro el objeto
 Por que á buscarme venís,
 Satisfecho habéis de estar;
 Todo mi afecto lo allana:
 Y en esta misma mañana,
 Fernán, os podréis casar.
 Si Elvira ya no olvidó
 El amor que en otros días
 Sintió por aquel Macías,

Haré que lo olvide yo.
 Ni yo nunca al tal mancebo
 Quise por yerno.

FERN. ¡Pues bravo
 Yerno granjeabais, que al cabo
 Ingenio tiene!

NUÑO. Yo llevo
 Puesta más alta la idea.
 Tal pena, pues, no os aflija,
 Que al fin, si es mujer mi hija,
 Fuerza es que mudable sea;
 Y sino es muy bien criada,
 Y, sea dicho entre los dos,
 A no serlo, ¡vive Dios!
 Que la hiciera escarmentada.

FERN. ¡Oh! ni eso le ha de imponer
 Al noble que se ha casado.
 Yo os prometo que á mi lado
 Será honrada mi mujer.
 Además de que se suena
 Que el tal mozo en Calatrava,
 Donde en comisión estaba
 Por el marqués de Villena
 Para el clavero de la orden,
 Se casó, ó se casa ya:
 Y, aunque así no fuera, acá
 No puede sin contraorden
 Del marqués volver; y no
 Se le ha de enviar ésta, Nuño,
 Pues que de mi propio puño
 La tengo de sellar yo.

NUÑO. ¡En buen hora! De ese modo
 A Elvira he de disponer,
 Y cuando hayáis de volver
 Prevenido estará todo.

FERN. En ser breve haréisme gusto.
 Y ahora, pues, que convenidos
 Estamos, y están unidos
 Nuestros intereses, justo
 Será que la confianza
 Haga de vos, si os parece,
 Que os prometí, y que merece
 Nuestra próxima alianza.
 No há mucho que fué nombrado
 Maestre de Calatrava,
 Que há tiempo vacante estaba,
 El de Villena llamado,
 O por más bien don Enrique
 De Aragón, á quien servís;
 Mas no sin que un tal don Luis
 De Guzmán se enoje y pique,
 Quien por ser comendador
 Lo pretendía al presente,
 Y ser próximo pariente

Del buen maestro anterior.
 Tiene don Luis gran partido,
 Y hará más, porque le ampara
 El conde de Trastámara,
 Y, según tengo entendido,
 El prelado de Toledo,
 Y Benavente también;
 Y es claro que bien á bien
 No se saldrá de este enredo.
 Alega don Luis Guzmán
 Que don Enrique es casado;
 Mas éste ha solicitado
 El divorcio; en esto están.
 Don Enrique es ambicioso,
 Y á toda costa pretende
 Que el derecho que defiende
 Salga en pleito ganancioso;
 A más con la de Albornoz,
 Su mujer, mal se llevaba,
 Y esta ocasión deseaba,
 Según es pública voz;
 Así supone y confiesa
 Causas ocultas, por donde
 A ninguno se le esconde
 Que saliera con su empresa.
 Pero contra ese deseo,
 Que todo es falso se suena,
 Y también que el de Villena
 Lo de Cangas y Tineo
 Falsamente ha renunciado
 Con fraude en el mismo rey,
 Porque á la orden, como es ley,
 No se adjudique el condado.
 Ya entendéis que es cosa clara
 Que pierde la pretensión,
 Y el favor y protección
 Que goza, si esto se aclara.
 El don Luis está en Arjona,
 Dos leguas no más de aquí;
 Y dicen que vino allí
 Por ver al rey en persona.
 Es, pues, preciso que alguno
 Vaya presto allá, y mañoso
 Le proponga un medio honroso
 Que zanje el pleito importuno.
 Por lograr designio tal
 Villena le hará cesiones
 En sus mismas posesiones
 Que no han de sonarle mal;
 Y si vos entráis en eso
 Con don Enrique hablaréis,
 Y de él mismo tomaréis
 Instrucciones de más peso.
 Que á ninguno conocemos

En esta sazón los dos
 Más útil y apto que vos
 Para el fin que pretendemos.
 Y os advierto que si acaso
 Sale mal vuestra embajada,
 Que aunque fuese á mano armada
 Hemos de salir del paso.
 Ved, pues, si os conviene á vos
 Este encargo, y si el secreto
 Sabréis guardar.

NUÑO. Yo os prometo

Que no riñamos los dos.

FERN. Está bien; y esto ha de ser
 Hoy mismo, pues sin demora
 A Toledo hay que ir ahora,
 Donde el rey piensa volver,
 Luego que en Madrid se acabe
 El alcázar que hace allí.

NUÑO. ¿No estaba en Sevilla?

FERN. Sí.

Mas vuelve, según se sabe;
 Que ha caído en la catedral
 Un rayo estando él en ella;
 Y dicen que es mala estrella
 Del rey, y que grave mal
 Le presagian para este año
 Dos astrólogos de nombre.

NUÑO. ¿Y el tal rayo hirió algún hombre,
 O hizo por ventura daño?

FERN. Hizo poco.

NUÑO. ¡Cosa extraña!

FERN. Herir á nadie, no hirió;
 Mas descompuso el reló,
 Que es el único de España.
 Hay pues que ir hasta Toledo,
 Y no hay tiempo que perder...:

NUÑO. Está bien: hoy se ha de hacer,
 Y yo en el encargo quedo. (*Se levanta.*)

Decidlo así á don Enrique.

FERN. Y á más...

NUÑO. A Elvira he de hablar,
 Y ya os puedo asegurar
 Que haré que no me replique.

FERN. Pues adiós.

NUÑO. No, deteneos.
 Alguien llega aquí. Ellas son.
 Ved qué dichosa ocasión.
 No os vayáis; aparte haceos.
 De su labio habéis de oír
 La respuesta que me dé.

FERN. ¡Feliz acaso!

NUÑO. Yo sé
 Que contento habéis de ir.

ESCENA II

FERNÁN PÉREZ, NUÑO HERNÁNDEZ, ELVIRA,
BEATRIZ

(Los dos primeros se han hecho algo atrás, y hablan entre sí sin oírlos. Elvira y Beatriz se quitan los mantos al entrar, y hablan los primeros versos sin verlos.)

BEAT. Llega, señora; y en casa
Desahoga tu dolor.
Llora el desdichado amor
Que el tierno pecho te abrasa.
Que aunque te cubriera el manto
No faltó quien lo advirtiera
En la misa.

ELV. ¡Suerte fiera!

BEAT. ¿No darás treguas al llanto?

ELV. ¿No he de llorar ¡desdichada!
Si ya no vuelve Macías,
Y dentro de pocos días
Por mi palabra empeñada
Vendrá Hernán Pérez?

BEAT. Señora,
Ved que os oyen. Aquí están.

ELV. ¡Ah! ¿Cómo oculto el afán
Qué el corazón me devora?

NUÑO. (*A Fernán.*) Nos vió ya.

FERN. (*A Nuño.*) Llegad.

ELV. (*A Nuño.*) ¡Señor!

NUÑO. ¡Elvira, hija mía!

ELV. ¿Aquí
Vos tan de mañana?

NUÑO. Sí:
Y á acreditarle el amor
Vine, que siempre te tuve.
Hoy se cumple...

ELV. ¡Ya os entiendo! (*Con dolor.*)

NUÑO. No me pesa. Aquí estáis viendo
Al noble hidalgo que os sube
A tanto honor.

FERN. Tan hermosa
Sois, asombro del sentido,
Que le tuviera perdido
Si vuestra mano preciosa
No anhelara.

ELV. (*Contristada.*) Sois por cierto
Muy galán.

FERN. Y vos muy bella.

ELV. ¡Maldita belleza! ¡Estrella
Maldita mía!

FERN. ¿Qué advierto?
¿Os turbáis?

NUÑO. (*A Elvira.*) Repara, mira...

ELV. No es nada: el gozo... Beatriz (*Violentándose.*)

Sostenme: ¡ay de mí, infeliz!)
NUÑO. (¿Qué es esto? ¡Pardiez!) Elvira,
Vos misma el plazo os pusisteis
De un año, y...

ELV. (¡Ay! ¡quién creyera
Que en un año no volviera!)

NUÑO. Vos la palabra nos disteis...

ELV. No habléis más, señor, en eso;
Si mi palabra empeñé,
Mi palabra cumpliré.
(¡Y aunque muera, ingrato!)

NUÑO. (Un peso
Grave me quitó.) (*A Hernán Pérez.*) Ya
(vos
Lo escuchasteis de su boca.

FERN. A mí lo demás me toca.
Descuidad: presto por Dios
Volveré. (*A Elvira.*) Vos en mi priesa
Si estimo conoceréis
Lo dichoso que me hacéis.

ELV. (*Reprimiéndose.*) Id con Dios.

NUÑO. (*Acompañándole á la puerta.*) Los dos
(á vuesa
Merced quedamos atentos.

FERN. Quedaos. Vuestra atención
Sobra.

NUÑO. ¡Oh! ya es obligación.

FERN. Remitid los cumplimientos.

(Vase, despidiéndole Nuño á la puerta. Elvira al ver marchar á Fernán Pérez le sigue con la vista, y cuando ya ha salido se arroja sobre un sillón inmediato y rompe á llorar. Nuño vuelve.)

ESCENA III

ELVIRA, BEATRIZ, NUÑO

ELV. ¡Que esto me suceda! ¡Ingrato!

BEAT. Señora, templad el lloro.

ELV. ¡Ah! en balde por mi decoro
De ahogarle en el pecho trato.

NUÑO. (*Viéndola.*)
¿Qué es esto? (*A Beatriz.*) Vos despejad.
Presto.

ELV. Dejadme el consuelo
Que su cariño y su celo
Me prestan, y perdonad
Si os lo ruego.

NUÑO. (*A Beatriz.*) Idos.

ELV. (¿Qué empeño
De hablarme á solas!!!)

NUÑO. (*A Beatriz.*) ¿Qué hacéis
Que no os vais? ¿No obedecéis?

BEAT. (*A Elvira.*) ¡Señora!

ELV. (¡Qué airado ceño!)

(A Beatriz.) Vete ya.
 NUÑO. (A Elvira.) ¿Y por qué antes no?
 ¿Esto con mis gentes pasa?

ELV. Como es mi dueña...
 NUÑO. En mi casa
 Nadie manda más que yo.



ESCENA IV

ELVIRA, NUÑO

Elvira echa una ojeada de dolor á Beatriz, que desaparece lentamente: se levanta y queda apoyada con una mano en el sillón y enjugándose con la otra las lágrimas, que trata de reprimir con un esfuerzo violento. Nuño Hernández, cruzado de brazos, parece esperar á que rompa el silencio, ó reconvenirle con el suyo. Elvira se acerca en fin, y cogiendo las manos de Nuño dice los versos siguientes.)

ELV. ¡Perdóname, señor, si hoy más que nunca
 Presente aquel amor en la memoria
 En vano lucho por borrar del pecho
 La esperanza engañada! Yo más fuerzas
 Encontrar en mí propia presumía
 Cuando el plazo pedí: ¡mas ay! yo nunca
 Pensé que él de mi amor se olvidaría.
 Mira mi corazón, débil juguete
 De una pasión tirana, inextinguible,
 Y tú mismo dirás si verme puedo
 Al yugo extraño del que nunca quise
 En eternas vínculos unida,
 Tranquila y sin llorar. ¡Vínculos tristes
 Que antes de unirme acabarán mi vida!

¿Yo al pie del ara con perjurio labio,
 Ante un Dios que á los pérfidos castiga,
 Eterno amor le juraré á un esposo
 Que me roba mi bien, y por quien siento
 Odio tan sólo?

NUÑO. ¡Elvira!

ELV. Sí, perdona.

Soy mujer, y soy débil: ni depende
 Ser más fuerte de mí. Yo bien quisiera
 En mi encerrado pecho sepultando
 Tanto culpable amor, que nada el mundo
 Del volcán que me abrasa trasluciera;
 Y, ahogando mi dolor durante el día,
 Que mis lágrimas tristes, por la noche,
 En el oculto lecho derramadas,
 Entre la soledad y las tinieblas
 Pasión tan grande que olvidar no logro,
 En eterno silencio confundiesen.
 ¡Mas ay! que no está en mí. Ya, mal mi
 grado
 Rompe mi lloro, en mi dolor inmenso,
 El dique que hasta aquí lo ha sujetado.